

Llegó, por fin, el día más grande que ha dorado con su luz el sol de España.

El día 1.º de Enero los Reyes Católicos recibieron un aviso secreto de Boabdil, en el que les participaba la tenaz oposición de las tropas y caudillos moros a la entrega de la ciudad; que un moro se había indignado tanto, que había recorrido las calles dando gritos para sublevar los ánimos; que en vano había reunido en el Albaicén a los principales jefes de la insurrección, y que todos se negaban a dar entrada a los cristianos; pero que tantas razones les había expuesto, y con tal firmeza les había asegurado la inmutable resolución de los Reyes Católicos de entrar en la ciudad, que, aunque forzado, había conseguido al cabo su asentimiento; por lo tanto, que no perdiesen tiempo y que avanzasen hasta Granada, de cuya plaza les haría al día siguiente completa entrega; pero que enviasen desde la aurora, como adelantado, a uno de sus capitanes con una numerosa escolta, y que a



la vez tuviesen rodeada la ciudad con un cordón de tropas castellanas por si los moros, en su furor, se revolvían por última vez contra los vencedores.

¡Horrible mengua para aquel monarca, que así vendía por su propia mano los últimos restos de su monarquía! En vez de perecer entre los escombros de la ciudad donde se asentaba su trono, prefirió entregarla a sus enemigos, para salvar cobardemente una vida a que debió haber renunciado por una muerte honrosa.

Sagunto y Numancia presentan en las páginas de la historia bien distintos ejemplos; pero el afeinado pueblo moro no era capaz de imitar tan grande heroicidad.

Puede concebirse fácilmente la alegría de los Reyes Católicos y de todo su ejército después de recibido el mensaje de Boabdil.

Inmediatamente se hicieron sacar del castillo de Moclin, donde se hallaban custodiados, al hijo de Boabdil y a los demás caballeros moros que se tenían en rehenes, y se dieron las órdenes oportunas para ocupar la Alhambra.

No bien los primeros rayos del sol empezaron a dorar los elevados picos de Sierra-Nevada, apareció formado el ejército cristiano en la llanura donde se levantaba la nueva ciudad de Santa Fe; el conde de Tendilla, preparado para partir con una numerosa escolta, esperaba a los reyes.

El toque de atabales, cornetas y pifanos, avisó

la salida de las tiendas reales de Doña Isabel y Don Fernando; los reyes, vestidos de toda gala, llegaron a caballo, seguidos de sus tres hijas a caballo también; vestía la reina católica un traje blanco recamado de oro, manto escarlata, tocas de gasa, y sobre ellas, una alta corona de oro; su edad, que llegaba entonces a los cuarenta y un años, parecía ser mucho menor; las infantas Juana, María y Catalina, casi niña la primera, y aún más las dos segundas, vestían completamente de blanco; los obispos de Sevilla y de Toledo caminaban al lado de los reyes, llevando los estandartes de la cruz desplegados; cerca de las princesas iba fray Hernando de Talavera, confesor de la reina y obispo electo de la ciudad conquistada, según él mismo había deseado.

A la llegada de la real familia, los soldados prorrumpieron en gritos de entusiasmo; los monarcas se asociaban al triunfo que habían conseguido, y que era uno de los más grandes que registran los fastos de la historia.

La infanta Doña Juana, que luego fué designada con el nombre de *la Loca*, enjugó una lágrima al ver el entusiasmo del ejército; lágrima que decía hasta qué extremo era sensible su corazón; las mejillas de su hermana Catalina, que era un modelo infantil de casta y serena hermosura, se tiñeron de carmín; en cuanto a Doña María, después reina de Portugal, era tan hermosa, que la atención general quedaba embargada al contemplar-



la, y muchos la compararon al ángel de las victorias.

El conde de Tendilla, después de tomar la venia de los reyes, se puso en marcha hacia la ciudad, seguido de una parte de las tropas. D. Fernando le despidió con llanto de entusiasmo, y le dijo:

—Antes de cuatro horas, la enseña de la cruz ondeará en las torres de Granada.

La reina, así que hubo partido el capitán, se volvió a las tropas y les dijo con voz sonora y conmovida:

—¡Hijos míos! Vamos a buscar el premio de todas vuestras fatigas y desvelos; esta noche reposaréis en la ciudad morisca, llamada por los infieles el paraíso de España, y mañana cada soldado castellano será aclamado como un héroe en toda la cristiandad. ¡A Granada!

—¡A Granada!—repitió el ejército con un grito inmenso.

La gloriosa hueste se puso en marcha.

Un silencio solemne reinaba en las filas de los soldados, que seguían a los reyes y a los prelados llenos de emoción y de enternecimiento, pensando en que iban a enarbolar la bandera de Cristo en la ciudad infiel, en la corte del rey moro; los monarcas castellanos hicieron alto en la ribera izquierda del Genil, al lado de una mezquita, donde más tarde se ha erigido una ermita a San Sebastián.

Poco después se vió bajar por una verde colina a una figura triste y melancólica vestida de blanco, y seguida de otras tan fantásticas y tristes como ella.

Era Boabdil.

Tras él, y a pié también, venían algunos caballeros seguidos de unos cincuenta jinetes leales.

El rey moro se arrodilló con aire sombrío, y quiso tomar la mano del vencedor para besarla; pero D. Fernando se lo impidió y estrechó la mano del infeliz Boabdil con afabilidad y dulzura, volviéndose con él hacia la reina, que le saludo asimismo enjugando una lágrima.

—Ese es el rey moro—dijo a sus hermanas Doña Juana, señalando temerosamente a Boabdil.

—¿Qué ha de ser?—observó Doña Catalina—¿No habéis visto qué horribles son todos los moros? Ese hombre es un cristiano disfrazado; para ser moro, es demasiado hermoso.

—Sí; pero ten en cuenta que es el rey de los moros—observó a su vez Doña María—¿Hay acaso algún rey feo?

—¡Hijas mías—dijo Doña Isabel,—ese es el rey moro; pero compadecele, porque es muy digno de lástima y de piedad! Todo lo ha perdido, y vuestro padre ha conquistado su bello y floreciente reino en nombre de Jesucristo.

—Madre y señora—observó Doña Juana—yo os aseguro que me dá mucha compasión ese pobre rey; ¡ojalá fuera cristiano, porque su figura es



muy apuesta y arrogante! Yo pensaba que los moros debían ser todos feos y haraposos.

—Lo mismo creía yo—añadió la bella infanta Doña María.

—Y yo—dijo Doña Catalina—aunque he oído asegurar que la reina, esposa de ese desgraciado príncipe, era un modelo de belleza.

—¡Esperad, queridas mías!—continuó la reina—ahí tenéis a la madre de Boabdil; si dudáis aún de la belleza de la raza mora, la sultana Aixa es una buena muestra de ella.

—¿Es aquella mujer alta que se apoya en un árbol?—preguntó Doña María.

—Sí, aquella es; la desgraciada madre ha venido a presenciar la terrible humillación de su hijo. ¡Mirad caer por sus mejillas gruesas lágrimas ahora que se ha alzado el velo! ¡Pobre mujer! ¡Pobre reina! ¡Pobre madre!

—En efecto, la soberbia sultana se hallaba de pié tras de una hermosa palmera, contemplando a su hijo con una expresion tal de desconsuelo y de amargura, que el corazón más duro se hubiera enternecido al verla.

Boabdil, entre tanto, se inclinó ante D. Fernando, y le dijo con voz grave y triste:

—Tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiando en que usarás con nosotros de clemencia y de templanza (1).

(1) Histórico.

Y tomando de las manos de uno de sus caballeros un rico almohadón de terciopelo, sobre el que se hallaban las llaves de la ciudad, las entregó a Don Fernando y a su esposa que se había acercado.

En el mismo instante montó Boabdil en un caballo que tenía preparado, y seguido de los suyos, tomó el camino de las Alpujarras, para donde ya habían partido su esposa y sus hijos.

La triste madre alzó los ojos al cielo; extendió los brazos a la ciudad, y dejándolos caer con desaliento, echó a andar tras de su hijo y de los pocos vasallos fieles que le acompañaban.

Las jovenes infantas enjugaron una lágrima que se deslizaba por sus mejillas.

Don Fernando y Doña Isabel quedaron dueños de las llaves de Granada; inmediatamente que se hubo perdido de vista la triste comitiva, último vestigio del poder de los moros, los reyes Católicos se volvieron a sus tropas, que a pocos pasos de ellos se hallaban formadas, en espléndidas masas, sobre las que iban a quebrarse los refulgentes rayos del sol; D. Fernando dio sus órdenes, y el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, y los preladós de Sevilla y Talavera marcharon hacia Granada, seguidos de tres mil infantes y tres mil caballos; rodeando las murallas para no alarmar al pueblo, que aún se hallaba dudoso y desprevenido, penetraron en la corte de los reyes moros, y en la torre principal de la fortaleza, que es la conocida hoy con el nombre de la *torre de la Vela*, clavó el Car-



denal de España el estandarte sacrosanto de la cruz.

Un grito inmenso de terror, de angustia, de agonia retumbó en Granada; el último grito de desesperación del infeliz pueblo moro.

Otro grito inmenso retumbó en el campamento: el del ejército cristiano.

Los monarcas, sus hijos, y todos los soldados, con sus jefes a la cabeza, se postraron de rodillas, y, con la frente en el polvo, adoraron el signo de la redención, que ondeaba gallardo y suavemente mecido por el viento, donde antes se ostentaba la media luna.

Senaron las trompetas, los clarines y los atabales con estruendo alegre y marcial, llenando con sus ecos los ámbitos de los floridos campos vecinos a Granada; levantando de antemano el altar de campaña, que llevaban siempre los reyes y coronado de flores por las manos de los soldados, se arrodillaron los sacerdotes, humearon los incensarios, y un coro religioso, entonó el grandioso *Te Deum laudamus*.

Entretanto, D. Gutierre de Cárdenas enarboló en la torre el pendón de Santiago, y el conde de Tendilla el de los reyes, o sea el de Castilla y León.

Prorumpió el ejército en vivas y clamoreos; los reyes se levantaron terminado el himno religioso, y en pié, a la derecha del altar, recibieron el primer besamanos como soberanos de Granada; empezó el príncipe D. Juan, pasando por delante de

sus padres y besándoles la mano, seguido de la servidumbre de la real casa y de la grandeza del reino; D. Fernando entregó después las llaves de las fortalezas de la ciudad a su esposa y ésta a su hijo D. Juan, quien a su vez las dió al conde de Tendilla, alcaide nombrado de la Alhambra.

Terminadas estas ceremonias, el ejército regresó a Santa Fé para entregarse al descanso.



Después de aquella gloriosa conquista, que duró diez años, y que costó tantas fatigas y tanta sangre al ejército de los Reyes Católicos, éstos fueron a recorrer el interior de sus reinos, donde había muchos desórdenes.

Profundo pavor se apoderó de los moros habitantes de Granada al ondear en sus torres el estandarte de la cruz; los principales señores de la ciudad sabían que ésta iba a ser entregada, pero no que lo fuera en plazo tan breve y perentorio; el pueblo sospechaba todo menos la rendición que el débil Boabdil llevó a cabo; así es que, cuando este monarca caminaba hacia Purchena, que era uno de los pueblos señalados por los reyes de Castilla para su residencia, la gritería y los anatemas al desgraciado rey se desencadenaron con indecible furor. Boabdil detuvo el paso sobre una florida loma que dominaba a Granada y a su fértil campiña, dejó escapar un doloroso suspiro y de sus ojos se deslizaron dos lágrimas amargas.



Una sardónica carcajada se oyó detrás del rey: su madre se hallaba a dos pasos.

—¡Justo es—dijo la altiva sultana—que llore como mujer el que no ha sabido pelear como hombre! (1).

Desde entonces aquel sitio se ha llamado *El suspiro del moro*.

Abrumado de desesperación, y seguido de sus esclavos, Boabdil prosiguió su camino guardando un tétrico silencio.

El pueblo le despidió con maldiciones prolongadas.

Los desdichados moros no podían tampoco resolverse a rendir vasallaje al vencedor; en una ciudad tan populosa no se oyó, durante muchos días, el ruido más leve; las calles estaban desiertas; las puertas y ajimeces estaban cerrados y los habitantes, retirados al fondo de sus hogares, lloraban desconsoladamente su desgracia.

Sin embargo, no tuvieron que lamentar rigor alguno de parte del vencedor; personas y fortunas fueron respetadas; el conde de Tendilla ocupó militarmente todos los castillos y baluartes, poniendo en ellos crecidas guarniciones, y adoptó otras medidas análogas para la seguridad de los pobres granadinos.

El día 6 de Enero verificaron los reyes su entrada en la ciudad con la más grande ostentación;

(1) Histórico.

dirigiéronse, desde luego, a la Alhambra, en donde, en uno de sus suntuosos salones se había colocado una imagen de Nuestra Señora, ante la cual se celebró el santo sacrificio de la misa, recibiendo después los reyes un besamanos de gran etiqueta, al que acudieron, al fin, los principales señores de Granada, toda la nobleza mora y las diputaciones y alcaides de los pueblos aún no sometidos.

Las suntuosas mezquitas erigidas a Mahoma se convirtieron bien pronto en templos dedicados al Nazareno, y, por último, la gloriosa ciudad de las mil trescientas torres, que había sustentado el trono de veinte reyes, rindió su altivez a las armas de Castilla y Aragón.

¡Ay de la triste nación mora! ¡Su felicidad y sus glorias desaparecieron para siempre! Para ella empezaba la época del abatimiento y la agonía de un pueblo valeroso y noble, inicua y desgraciadamente desgarrado por las guerras civiles y vendido por sus reyes.

Como queda dicho, Doña Isabel y D. Fernando se dedicaron, después de las conquistas, a visitar el interior de sus Estados, deteniéndose por fin en Barcelona.

El día 7 de Diciembre de 1492 había estado Don Fernando dando audiencia toda la mañana en el Palacio de Justicia, y se dirigía al de los Condes, que era donde habitaba con su familia.

Acostumbraba el rey a hacer el trayecto a pie,



y así lo hizo también aquel día, acompañado de algunos señores y dignatarios.

Mas de repente sintió que una mano forzada le sujetaba per detrás, al mismo tiempo que otra le descargaba un golpe vigoroso en el cuello; la sangre saltó con violencia, y D. Fernando vió ya al regicida sujeto por D. Alonso de Hoyos, que iba a su lado, y muchos puñales que se clavaron en su cuerpo.

—¡Dejadle que hable!...—gritó el rey—; vendadme esta herida, que me parece leve, y obliquemos a ese loco a que me responda.

Un vendaje apareció como por encanto; el rey, reclinado en un sillón que se sacó al pórtico mismo del palacio, interrogó al reo.

—¿Cómo te llamas?

—Juan de Cañamars.

—¿Qué eres?

—Labrador.

—¿Dónde has nacido?

—En una aldea cercana.

—¿Qué ventaja buscabas con mi muerte?

—La de sentarme en el trono.

—Es un fanático—dijo D. Fernando friamente—. ¡Ea!, marchemos; veo correr y gritar a las gentes e imagino la pena de mi esposa y de mis hijos; esto no es nada, y conviene, para tranquilizar los ánimos, que salga yo al balcón de palacio.

Así se hizo; el rey ni aun quiso guardar cama; el agresor, para aquietar al pueblo, fué condena-

do a perder la mano derecha y a morir después atezado; pero Doña Isabel mandó que ambas sentencias tuviesen lugar después de ahorcado.

Los reyes volvieron a Castilla para contratar el doble enlace de sus hijos el príncipe D. Juan con Margarita de Austria, y de Doña Juana con D. Felipe, hermano de aquélla, y llamado *el Hermoso* por su extremada gallardía; al mismo tiempo enviaron embajadores al rey de Inglaterra Enrique VIII, proponiéndole entrar en la liga que tenía por objeto contener la invasión francesa en Italia, y como garantía la boda de la niña Catalina, su hija menor, con el príncipe de Gales, Arturo, pacto que aquel monarca aceptó con tanto placer como alegría, conociendo que no podía dar a Inglaterra reina más digna que una hija de la gran Isabel I, cuya virtud y altas prendas la hacían la más ilustre mujer de su época.

La infatigable actividad de la reina había preparado en tanto otra sorpresa no menos colosal que la conquista del reino granadino; años hacía que llevaba en su ejército, sostenido decorosamente, en calidad de agregado a su servidumbre, a un genovés llamado Cristóbal Colón, sabio consumado según unos, loco y visionario según los más.

Este hombre, gigante en el genio y mártir en la paciencia, merece bien que yo le dé a conocer en esta leyenda siquiera sea sucintamente, a lo menos porque fué una de las más colosales figuras del reinado de la gran Isabel I de Castilla.



Nació en Génova en 1436, y era su padre un cardador de lanas, profesión casi noble en aquella época en las industriosas repúblicas de Italia; Cristóbal era el primogénito de la casa, y tenía dos hermanos, Bartolomé y Diego, que participaron después de su gloria y de sus desgracias; además tenía una hermana más joven, que casó honradamente con un artesano de Génova y vivió feliz y tranquila en una apacible oscuridad.

Las primeras miradas de Colón se fijaron en el claro cielo y el espléndido mar de Génova: y la astronomía y la navegación fueron bien pronto el objeto de todos sus sueños; su padre, hombre de no vulgar instrucción, y además bien acomodado, no resistió a las aficiones de su hijo mayor y le envió a Pavía, donde estudió la geometría, la geografía, la astronomía, la navegación y la astrología, ciencia que a la sazón era casi desconocida.

La imaginación fogosa y la comprensión rápida de Cristóbal traspasaron en brevísimo tiempo los límites de semejantes estudios, muy incompletos en aquella época, y a los catorce años, sabiendo ya cuanto se enseña en las escuelas, volvió a Génova al lado de su familia.

Su padre, siempre bondadoso e ilustrado, no quiso aprisionar sus facultades en la profesión sedentaria que ejercía, y le hizo embarcar durante muchos años en los navíos de comercio, de guerra y de expediciones aventureras que las casas de Génova armaban en el Mediterráneo para disputar

sus puertos y sus riquezas a los españoles y a los musulmanes.

Cristóbal, soldado, sabio y marinero a la vez, prestó eminentes servicios al duque de Anjou cuando fué a conquistar a Nápoles, y luego ocupó un lugar distinguido en la flota que el mismo rey de Nápoles envió para conquistar a Túnez, yendo después a continuar aquéllos en la escuadra genovesa que hacía la guerra a España; en los intervalos de ella, Colón se dedicaba al estudio constante de la geometría y de la náutica, y ganaba una subsistencia muy modesta dibujando, grabando y vendiendo mapas marítimos.

Un naufragio y la pérdida de la galera que montaba, en la rada de Ljsoa, le obligaron a establecerse en Portugal, país dominado entonces enteramente por su afición a los grandes descubrimientos marítimos. Cristóbal Colón esperaba hallar allí ocasión y medios de lanzarse a su albedrío en el Océano, pero no halló más que el trabajo oscuro e ingrato del geógrafo sedentario, y el amor, consuelo supremo de sus pesares.

Felipa de Palestrello, hija de un noble italiano agregado al servicio de Portugal, le enamoró con sus gracias y virtudes, y ambos amantes se unieron con la sola esperanza de una vida llena de privaciones, pero confiando en la divina Providencia.

Felipa entregó a su esposo sus papeles de familia, y éste halló en ellos la correspondencia del



abuelo de aquélla con el sabio Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia.

Estos documentos suministraron a Colón nociones muy exactas acerca de los mares remotos de la India, aclarando los elementos confusos de la navegación.

Absorto en su felicidad doméstica y en sus estudios, tuvo un hijo, al que llamó Diego en memoria de su hermano menor, y vivía retirado en su taller, rodeado de mapas y de globos, estudiando con pertinacia y soñando en el descubrimiento de algo nuevo, grande y desconocido. Colón creyó notar un vacío inmenso en medio del Océano Atlántico; desde entonces su idea fija fué buscar y hallar, no un continente nuevo, sino un continente perdido: suponía en sus cálculos, siguiendo los escritos de los geógrafos árabes, que la tierra era un globo al cual podría darse la vuelta; consideraba este globo más reducido de lo que lo es en realidad, imaginándose que el mar que había que recorrer para llegar a los países ignorados de la India, no era tan inmenso como creían los navegantes.

Las relaciones de los pilotos que habían pasado más allá de las islas Azores le confirmaban en esta creencia: unos habían visto flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos en Occidente; otros, pedazos de madera esculpida; otros, canoas enormes, y hechas de un solo tronco de abeto, que podían conducir hasta ochenta remeros, y no fal-

tó quien había visto cadáveres de hombres blancos o cobrizos, pero cuyas facciones no tenían semejanza alguna con las razas occidentales, asiáticas o africanas; todos estos indicios hablaban a Colón de la existencia de ciertos países más allá de las últimas playas trazadas por los geógrafos en los *mapa mundis*. Colón estaba persuadido de que aquellos países eran sólo una prolongación del Asia y de que llenaban una tercera parte de la circunferencia del globo terráqueo, y como esta circunferencia era entonces ignorada de los geógrafos y filósofos, dejaba abierto el campo a las conjeturas sobre la extensión del Océano, que era preciso atravesar para llegar a aquella Asia imaginaria; quién la creía una especie de éter profundo, en la cual se extraviarían los navegantes como se extravían hoy los aereonautas en los desiertos del firmamento, la mayor parte ignorando las leyes de la pesantez y la atracción, que arrastra los cuerpos hacia el centro; pero admitiendo ya, sin embargo, la redondez de la tierra, creían que los hombres y los navíos, a quienes la casualidad condujera a los antípodas, se desprenderían del globo para caer en los inmensos abismos del espacio; de estas diversas preocupaciones sobre la naturaleza, la forma, la extensión y las desigualdades del Océano, resultaba un terror general y misterioso que sólo podía disipar un genio colosal, secundado por una audacia sobrehumana.



Bajo los auspicios del ilustrado y benigno Don Juan II, que a la sazón ocupaba el trono de Portugal, hacía Vasco de Gama incesantes tentativas navales para unir la Europa con el Asia, y ya estaba próximo a descubrir la vía marítima de las Indias por el cabo de Buena Esperanza; Cristóbal Colón, convencido de que él podía hallar otro camino más ancho y más directo navegando al Oeste, pidió, y obtuvo después de muchas dificultades, una audiencia de aquel monarca.

D. Juan II le escuchó con interés, y encargó que se reuniese una comisión de sabios y estadistas para que examinase las proposiciones del navegante genovés y le presentara un informe sobre las probabilidades de su empresa.

Pero, ¡ay!, el Consejo, incapaz de comprender a Colón, declaró sus ideas quiméricas, contrarias a todas las leyes de la física y de la religión, y esta absurda sentencia fué confirmada por otra Junta de examen, a la cual apeló el sabio con permiso del rey.



Con una perfidia, de que D. Juan II no tuvo noticia, comunicaron a un piloto lo que habían oído a Colón y le enviaron secretamente con un navío para buscar la vía que él había indicado hacia el Asia; pero la Providencia fué justa: el piloto y los que le acompañaban, después de navegar algunos días más allá de las islas Azores, volvieron espantados del vacío y de la inmensidad del espacio que habían entrevisto, confirmando al Consejo en su desprecio hacia las conjeturas de Colón.

El infeliz genovés, lleno de deudas, próximo a la ancianidad, sumergido en la miseria y llorando la pérdida de su esposa, que había fallecido víctima de la escasez y de los dolores, huyó una noche de Lisboa, sin otro recurso que implorar la caridad, y llevando a su hijo Diego unas veces de la mano y otras sobre sus robustos hombros, se dirigió a España decidido a ofrecer a Doña Isabel y a D. Fernando el Nuevo Mundo que Portugal había desdeñado.

Dícese, sin embargo, que antes de dejar a Lisboa creyó de su deber, como italiano y genovés, ofrecer su descubrimiento a Génova, su patria, y al Senado de Venecia; pero que estas dos repúblicas, empeñadas entonces en proyectos de ambición más inmediatos, respondieron a sus instancias con frialdad y con desaires.

Colón llegó con su hijo al convento de Santa María de la Rábida, próximo al puerto de Palos; ambos estaban llenos de polvo y de sudor, abra-

sados por los rayos de un sol de primavera, y llamaron a las puertas del monasterio exánimes de fatiga.

Era por la tarde: al llamamiento de pobre Cristóbal, acudió el hermano portero, quien asomándose por un ventanillo, preguntó:

—¿Quién sois, buen hombre?

—Un desgraciado caminante, muerto de fatiga y falta de todo socorro—respondió Colón—traigo conmigo a mi hijo, niño todavía, y cuyas fuerzas están tan exhaustas como las mías.

—¿Y qué deseáis?

—Un poco de agua, señor, y que me permitáis descansar dos horas.

—Entrad, entrad—dijo el portero descorriendo los cerrojos—, para tan humildes aspiraciones no hay que pedir la venia a nadie; además lleváis, un niño... ¡entrad!

El compasivo monge abrió la puerta y el pobre Diego, abrumado de fatiga, se dejó caer sentado en el suelo.

—¿Queréis tomar algo?—preguntó el portero—vendí al refectorio; hay sobras de la comida.

—No, no, mil gracias, buen hermano—repuso Colón—aún tenemos un pedazo de pan en este sacco que llevo a la espalda; dadnos un poco de agua y dejádnos reposar dos horas; es cuanto necesitamos.

—¿Váis muy lejos?

—Voy buscando la residencia de la corte.



—Entonces, buen hombre, es muy difícil, si no imposible calcular lo que os falta de camino.

—¿Y por qué?

—Porque la corte tiene su residencia en distinto punto cada día; nuestros monarcas han empezado la conquista del reino granadino, y en ninguna parte se detienen largo tiempo; ya habitan en Córdoba, ya en otras poblaciones de poca importancia, ya en fin, en el mismo campamento.

—¡Soy en todo desgraciado!—se dijo Colón—; el pensamiento de Doña Isabel y de D. Fernando de Castilla estará ahora harto distante de conquistas marítimas, teniendo una empezada tan importante como positiva.

A este tiempo pasó un monge por la ancha galería cubierta que rodeaba el patio.

—¿Quién es ese hombre, hermano portero?—preguntó señalando a Colón.

—Un pobre caminante con un niño—reverendo padre—repuso aquél.

—¿Qué desean?

—Nada más que agua y que les permita reposar un instante.

—Muy mal pueden descansar sobre este duro pavimento—observó el compasivo religioso—ea, venid, querido hermano—añadió dirigiéndose a Colón—venid al refectorio; dame la mano, hijo mío y tu padre nos seguirá.

Padre e hijo se levantaron penosamente, y Cristóbal balbuceó algunas palabras de gratitud.

—Vos, hermano portero, avisad al padre prior: cuando se hace alguna buena obra, quiere siempre asociarse a ella; decidle que vamos a dar algún alimento a unos infelices caminantes.

Llegados a la gran sala que servía de comedor, el religioso se dirigió a la cocina e hizo preparar una sopa confortable y un apetitoso plato de pescado; el niño Diego, al ver manjares calientes, batió las palmas con una alegría que hizo temblar una cosa, muy parecida a una lágrima, en la pupila del monge.

—¿A dónde vais, pobre hombre? preguntó al viajero: ¿a dónde os encamináis?

—Voy en busca de los reyes de Castilla, padre mío, respondió Cristóbal.

El religioso le miró asombrado.

Cristóbal se sonrió tristemente.

—Os admira mi respuesta al verme tan pobre y abatido ¿no es verdad? le dijo: es que todo lo he sacrificado a un fin, a una idea; y esta idea, llevada a cabo, puede hacer la fortuna de un rey.

El religioso pensó que hablaba con un loco; pero la mirada del sabio era tan límpida y clara; brillaba de tal modo en su calva frente la radiosa luz del genio; había tal gravedad en su voz y su actitud, que el monge, hombre distinguido, sintió penetrar en su alma una profunda convicción de que hablaba con un ser que se elevaba a una altura inmensa sobre la grosera multitud.

—Benedicid a Dios que os ha conducido a este



humilde asilo, le dijo tomándole una mano que estrechó con respeto; el prior de la comunidad es el noble e ilustrado Juan Pérez de Marchena, confesor que fué de la reina Doña Isabel, y hombre lleno de santidad, ciencia y recogimiento; este ejemplar sacerdote ha preferido el abrigo de un claustro a los honores e intrigas de la corte; pero conserva, por esto mismo, una inmensa influencia, así en palacio, como en el ánimo de la reina.

—¡Ah, sí! Bendito sea Dios; exclamó Cristóbal; yo doy por bien empleadas cuantas fatigas y decepciones he sufrido, si hallo al fin quien me entienda!

En aquel instante llegaba el prior seguido de algunos monges; era un anciano venerable, pero aún vigoroso y fuerte; brillaba en su fisonomía la severidad unida a la nobleza, y tras el imponente aspecto del hombre de elevada inteligencia y de costumbres austeras, se adivinaba una gran bondad de corazón.

Enterneciése al ver el aspecto de Colón, tan abatido, y a la vez tan noble en su bella figura y distinguidas maneras y ante la gracia sin igual del niño Diego; y después de obligarles a comer y beber con paternal solicitud, hizo una señal ante la cual se retiraron todos los monges, llevándose a Diego, que fué acostado en un lecho blando y aseado.

—Hablad—dijo el prior a Cristóbal—, ya os escucho, pues debéis ser digno de todo interés; no

temáis cansar mi atención; abridme vuestro pecho, como si yo fuera vuestro padre.

El pobre marino hizo al religioso la sublime relación de sus desgracias y proyectos, y durante ella más de una vez cayeron lágrimas de los ojos de Juan Pérez, y más de una vez también se coloró su venerable frente con las tintas del entusiasmo.

Era aquel ilustre varón mucho más versado en las ciencias concernientes a la náutica de lo que hubiera podido esperarse en un sacerdote, aunque éste fuese un sabio; así es que penetraron en su alma grande, en generoso tropel, la piedad, la admiración y el convencimiento.

—Gustad—le dijo—el primero de los goces que este humilde ministro del altar os puede ofrecer en compensación de lo que habéis sufrido; sabed que yo no os tengo ni por loco, ni por visionario, ni por iluso; que os comprendo, que os admiro, y que si es verdad que la magnitud de vuestra empresa causa un completo asombro a mi débil espíritu, la concibo posible y llevadera a término feliz y glorioso; por lo pronto, aceptad duramente algunos días la modesta hospitalidad que aquí os ofrezco; reposad al pie de los altares de las heridas que os ha abierto el mundo, y luego, cuando ya os sintáis con nuevas fuerzas, yo os proveeré de un equipaje, de cartas eficaces y de cuanto necesitéis, y me quedaré al cuidado de vuestro hijo para que podáis hacer con más comodidad vuestro viaje a la corte.



—¡Ah, señor!—exclamó Colón arrojándose a los pies del ilustre prior de la Rábida—. ¡Cómo podré pagaros lo que hacéis por mí! ¡Oh, padre mío! ¡Vos sois el único ser que en el mundo me ha comprendido! ¡Vos la sola persona que me ha socorrido! ¡Sin vos, me esperaba la muerte conducida por el desaliento y la desesperación! ¡Bendito seáis! ¡Si la corona de Castilla posee algún día un nuevo mundo, más que yo, con descubrirlo, seréis vos quien le habrá conquistado con tenderme una mano protectora!

## LVIII

Juan Pérez de Marchena convocó a algunos de sus amigos de Palos para que viniesen a apreciar las teorías de su huésped, y entre ellos se contaban el médico Fernández y el consumado piloto Pedro de Velasco; ambos compartieron muy pronto las creencias del marino, comprendieron sus conjeturas y sus cálculos y afirmaron en su deseo de ayudarle al noble prior de la Rábida; este varón eminente no vaciló ya, y cumplió todas las promesas que había hecho a su huésped.

Le proveyó de un equipaje modesto, pero decente; le dió además una mula, un guía y un bolsillo lleno de dinero; asimismo le entregó una carta eficazísima para fray Hernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, quien por indicación del mismo prior de la Rábida, así como por su mérito y virtudes, ejercía entonces el cargo de confesor de los Reyes Católicos; en seguida le hizo partir, quedándose él al cuidado del niño Diego.

Colón, penetrado de gratitud hacia aquel gene-



roso amigo que le había deparado el cielo, se encaminó a Córdoba, residencia a la sazón de los Reyes Católicos, con esa ciega confianza en el éxito que, como dice un distinguido escritor, es la ilusión, pero también la estrella del genio.

Mas ¡ay! D. Fernando y Doña Isabel, lejos de pensar en conquistas problemáticas al otro lado de los mares, estaban ocupados en arrojar de su reino a los moros, y empleaban todos sus esfuerzos y todos los recursos que poseían en arrancarles su último baluarte, que era la bella y floreciente Granada.

Cristóbal Colón, después de muchas fatigas y luchas, consiguió ver a fray Hernando de Talavera, confesor de la reina; llegado a su presencia, le preguntó éste friamente lo que deseaba, y Colón le presentó la carta del prior de la Rábida, con la modesta dignidad y afable cortesía que eran los distintivos de su noble carácter.

En tanto que el confesor abría la misiva, la palidez de la angustia iba invadiendo el semblante del marino genovés; ¿cómo acogería el religioso la petición de protegerle, que le hacía el digno Juan de Marchena?

Bien pronto llegó el doloroso desengaño; la serena fisonomía de Hernando de Talavera se cubrió de nubes; prevenido contra el *loco* o *visionario* italiano, de quien ya había oído hablar varias veces, leyó la carta de su amigo con enojo, y acusándole de crédulo y débil en interesarse de tal suerte por

un aventurero, que quería explotar a las personas de valimiento en la corte.

—Y bien, señor, ¿qué puedo esperar?—se aventuró a preguntar el pobre Cristóbal al ver que el padre Talavera no rompía su helado y despreciativo silencio.

—Yo hablaré de vos a los reyes en la primera ocasión propicia—dijo el confesor.

—¿Podré esperar una audiencia de SS. AA.?

—Sí, por cierto; aunque no sé si la conseguiréis, pues ahora no están los reyes para pensar en quimeras.

Y el irascible confesor hizo con la mano una señal indicando que la entrevista se había terminado.

Colón saludó y salió desolado.

Tenía la seguridad de no haber conseguido nada.

En efecto, ni D. Fernando ni Doña Isabel oyeron hablar siquiera de aquel hombre eminente; pero Colón, no queriendo alejarse de Córdoba, permaneció en ella; agotada en pocos días la módica cantidad que le había dado su protector, hubo de apelar a su antiguo recurso de dibujar y grabar mapas y globos, que vendía después, ganando así penosa y miserablemente su subsistencia.

Dios le deparó un supremo consuelo en medio de sus decepciones, de sus desgracias, de su desesperación: amó de nuevo y fué amado; una dama



joven y bella, llamada Doña Beatriz Enríquez, comprendió lo que Colón valía, y se adhirió a él con una tierna y generosa pasión: «jamás sancionada por la iglesia»—como dice un escritor—, y de la que fué fruto su segundo hijo Fernando.

Su tráfico y sus conversaciones habían granjeado a Cristóbal Colón algunos amigos poderosos, admiradores de aquel genio gigante que vivió oculto entre las sombras del infortunio; hallábase en este número el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, y este hombre ilustre, cuyo crédito era tal que ya se le llamaba *el tercer rey de España*, se entusiasmó con el sistema de Colón y le ofreció alcanzarle una audiencia de sus soberanos, como al cabo lo consiguió.

Difícil sería describir la emoción que se apoderó del pobre sabio al verse al fin en el logro de sus deseos; empleó todos sus recursos en procurarse un modesto traje negro, y se dirigió a la morada de los reyes, consolado y animado por su protector y acompañado del mismo.

D. Fernando y Doña Isabel le recibieron sin pompa alguna y casi solos; en el centro de la estancia se veía una mesa, y sobre ésta tendido un mapa. Colón se acercó y se inclinó profunda y tímidamente. El rey le hizo una señal para que se levantara, y le dijo:

—Aquí tenéis donde explicarnos vuestros proyectos y vuestros estudios; el sabio Fray Hernando de Talavera, confesor de la reina y hombre

muy versado en las ciencias, os escucha; podéis empezar.

Colón se acercó al mapa, tomó un compás y empezó a explicar con voz trémula sus estudios y sus descubrimientos; pero a poco el entusiasmo superó a la timidez, ardió en sus ojos la llama del genio y su voz se hizo grave y sonora.

Este entusiasmo contagioso se transmitió muy en breve al alma generosa de Isabel, la del rey permaneció helada y fría; las mejillas de la reina se animaron con el sonrosado de una viva emoción; el rostro de su marido continuó grave y severo.

Cuando el sabio acabó, exclamó Isabel:

—Vuestra voz, hombre extraordinario, ha llevado a mi alma el convencimiento y el deseo de mirar esos mundos desconocidos a la corona de Castilla; estoy segura de que el rey, mi amado esposo, participa de mi opinión; pero eso no basta, desgraciadamente, porque nosotros y vos podemos engañarnos: se nombrará un Consejo de examen, compuesto de los hombres más versados en las ciencias de los dos reinos, bajo la presidencia de Fray Hernando de Talavera, y ante ese Consejo compareceréis seguro de que os hará justicia y de que, si la colosal empresa que meditáis fuese posible, no omitiremos gastos ni sacrificios para llevarla a cabo.

Colón alzó al hermoso semblante de la reina una mirada de ardiente gratitud; pero al volver aquella mirada al rey, se apagaron sus rayos lumino-